

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

José K. Horváth: VIDA Y MUERTE DEL OBISPO APOR (*)

Cuando el heroico cardenal Mindszenty se enteró del martirio de Vilmos Apor, Obispo de Győr, en abril de 1945, por manos comunistas, dijo: «Hubiera querido estar en su lugar». La fama del cardenal, indiscutiblemente merecida, parece haber eclipsado hoy, en gran parte del mundo, la figura de este otro prelado, cuya ejemplar fortaleza le llevó a sufrir martirio por Dios y por su Patria. Conviene recordarle, y nos da ocasión para ello esta biografía que ha llegado a nuestras manos.

Vilmos —Guillermo en húngaro— Apor de Aitorja llevaba el título de «barón» como procedente de una familia de la alta nobleza húngara, y en su mismo semblante resplandecía el brillo de su alcurnia, como puede bien apreciarse en las fotos de distintos momentos de su vida incluidas al final de este libro. Tanto su padre como su abuelo habían destacado por sus servicios profesionales a la Justicia, en el antiguo Imperio Austro-Húngaro (cuya desaparición ha sido una de las más graves calamidades para la defensa del Occidente cristiano). Su madre, la condesa Fidélia Pálffy, tuvo nueve hijos, y Vilmos era el más joven. Una de las hijas, Gizella, se distinguió como activa presidente de la Cruz Roja en Hungría, y otro de los hijos, Gabor, diplomático, estaba de embajador cerca de la Santa Sede cuando renunció a su misión en protesta por la ocupación alemana de Hungría. Una familia ejemplar, como deberían ser todas las de la nobleza, y gloriosa por su fidelidad a la Iglesia y a la Patria, así como por las más excelsas virtudes humanas. No sorprende que su escudo se haya podido honrar ahora con un nuevo blasón: la palma de un mártir.

Vilmos Apor había nacido en Segesvár, en 1892, el 29 de febrero, por lo que solía bromear diciendo que él sólo cumplía años cada cuatro. Desde los tres, su familia vivía en Viena, aunque en verano solían volver al solar de origen. Su padre falleció cuando él tenía seis años, y su madre se trasladó a Hungría en 1912 a causa de los estudios de las hermanas mayores; mujer de gran carácter, solía decir que, ante una encrucijada, debía siempre elegirse el camino más difícil; puede comprenderse cuánto debió de influir ella en la fortaleza del futuro mártir.

(*) József Közi Horvath: *Leben und Streben von Bischof Apor* (Segunda edición, cuidada por József Szamosi, con un suplemento de documentos y fotos). Publicado por la Comisión para la memoria de Apor, Munich, 1984, 100 págs.

El temperamento alegre y cordial de Vilmos era reconocido por todos sus compañeros de estudios, en el Colegio de los Jesuitas, tanto en Austria como luego en Hungría, pero, desde muy joven sintió la llamada de Dios para dedicarse al sacerdocio ministerial. Como suele ocurrir en estos casos, su madre deseaba que, antes de entrar en el Seminario, hiciera la carrera de Derecho, siguiendo la tradición familiar, pero acabó por consentir, cuando sólo contaba él diecisiete años de edad. Le acogió entonces el Obispo de Győr, el conde Miklós Széchényi, al que le unía cierto parentesco. Aquella diócesis contaba ya con dos obispos mártires bajo el dominio turco, a los que conmemoraban sendas columnas de granito, que hubieron de impresionar al joven seminarista. El Seminario se había construido recientemente y cerca del palacio episcopal; como decía el Obispo —y aquello no lo iba a olvidar nunca Apor—, los seminaristas debían estar cerca de su prelado, porque «son la luz del Obispo y la esperanza de la Iglesia». Pero Apor no se quedó en Győr —su futura sede episcopal—, sino que pasó al convictorio teológico de Innsbruck, cuyo obispo, al ver las aptitudes intelectuales de aquel joven, le mandó cursar también en la Universidad de aquella bella ciudad del Tírol.

El 24 de agosto de 1915, Apor recibía la ordenación sacerdotal, cuando Europa se hallaba ya en plena guerra. Fue enviado primeramente a la parroquia de Gyula, como coadjutor, y allí se distinguió pronto como un eficaz predicador, pero no tanto por el arte oratorio como por la profunda convicción con que sabía comunicar la Verdad a sus fieles, y aún más en el trato personal y sus visitas a las familias que desde el púlpito. Pero su trabajo en aquella parroquia hubo de interrumpirse al poco tiempo por tener que servir como capellán militar en un hospital de la Cruz Roja. En 1917 el Obispo Széchényi le llamó para su nueva diócesis, Nagyvárad, como maestro de estudios en el Seminario. Poco después, le volvió a mandar a Gyula para cubrir la vacante de párroco de aquella ciudad. Apor tenía veintiséis años al hacerse cargo de aquella importante parroquia. Una mitad de la población era católica, la otra mitad, de protestantes, ortodoxos y judíos; él supo ganarse la simpatía y respeto de todos.

Una primera prueba hubo de superar ya cuando la Revolución del «Otoño Rojo» (la dictadura del proletariado de Bela Kun y luego la invasión rumana). Su presencia, ante el ayuntamiento rojo, al frente de una gran masa de católicos, hubo de impresionar tanto a los revolucionarios, que revocaron éstos la prohibición de enseñanza religiosa que acababan de imponer. Los años siguientes a ese momento de desorden fueron de gran desarrollo para la

Iglesia de Hungría y, en concreto, para la «Acción Católica», promovida por Pío XI. Este gran resurgimiento católico reavivó la devoción nacional a San Esteban, primer rey de Hungría (del año 1000 al 1038), como símbolo, a la vez, de la Fe y del Patriotismo.

Una nueva amenaza surgió en abril de 1938, cuando Hitler se apoderó de Austria. Todavía a fines de ese año pudo celebrarse en Budapest el 34.º Congreso Eucarístico mundial, al que acudió, en representación del Papa, el cardenal Pacelli, que iba a ser elevado al sumo pontificado el año siguiente. Hitler declaró que se trataba de una manifestación internacional anti-nazi, y prohibió a sus súbditos la asistencia: unas 30.000 personas quedaron retenidas por esta causa. Y, ante la amenaza contra la independencia de Hungría, la Iglesia no pudo menos de tomar partido, puesto que se trataba igualmente de la libertad de la Iglesia. Para esta lucha inevitable, el Primado Justiniano Serédi contó con la eficaz ayuda de dos grandes figuras de la Iglesia húngara: József Mindszenty y Vilmos Apor. La actividad pastoral de éste vino a exceder notablemente de su parroquia de Gyula. En 1941, Pío XII le nombraba Obispo de Győr: era el 72.º Obispo de la diócesis fundada por San Esteban. El nuevo Obispo puso como lema en su escudo: «Crux firmat mitem, mitigat fortem» («La Cruz da fuerza al humilde y debilita al soberbio»). Con la nueva dignidad, su conducta de buen pastor no quedó alterada, sino que actualizó, sobre todo, en la atención prestada a sus párrocos y a los seminaristas.

Quizá esta parte de su biografía, como sacerdote, es más importante que la más sensacional de sus años finales hasta el martirio. No vamos a detenernos en su intervención política en la crisis húngara de 1942, como legitimista, en apoyo inútil al Archiduque Otto, frente a la regencia de Horthy, sobre lo que el autor de este libro nos informa con detalle. En 1944, las tropas alemanas ocuparon Hungría, como ya Apor venía temiendo, a la vez que preveía también el inevitable derrumbamiento del Tercer Reich. En todo momento supo Apor defender la libertad, condenar la persecución racista practicada por el invasor, y ayudar a los judíos perseguidos. Juntamente con el Primado, se opuso a los traslados masivos de población húngara a Alemania. La situación no podía ser más grave, hallándose como se hallaba Hungría entre los rusos y los alemanes, pero Apor mantuvo su fuerte serenidad.

Ya en Navidades de 1944, los comunistas habían ocupado la parte oriental de su diócesis, y, tras una contraofensiva alemana, a mediados de marzo de 1945, los comunistas emprendieron la definitiva ocupación de Hungría, que los aliados, tras la victoria,

no tuvieron inconveniente en dejarles, a pesar de lo que Hungría había significado en la Historia como baluarte del Occidente. La catedral de Györ fue bombardeada, y el autor de esta biografía nos informa sobre las violencias que, como en otros territorios por ellos ocupados, cometió la horda salvaje vencedora, y de cómo el Obispo se esforzó en amparar muy especialmente a las mujeres perseguidas por los comunistas. Precisamente en uno de esos asaltos contra un grupo de mujeres que habían buscado refugio cerca de él, tres balas le alcanzaron. Las atenciones médicas no pudieron salvar su vida, pero él manifestó su agradecimiento a Dios porque su ofrecimiento hubiera logrado salvar a aquellas mujeres. Sus últimas palabras fueron para pedir perdón a Dios y a los hombres, perdonar a sus enemigos, y ofrecer su muerte por su querida patria. «¡San Esteban —exclamó— intercede por la pobre Hungría!». Un final santo de una vida santa, y un ejemplo para todos, y muy especialmente para los obispos.

Un mártir de la Fe debe ser siempre recordado, pero cuando, al mismo tiempo, su muerte es en defensa de la Patria, esto tiene una especial significación para los españoles, que hemos tenido experiencias parecidas, y conviene recordarlo aún más hoy, en un momento de indigno olvido de esa virtud que es el amor a la Patria, y de nuestros mártires de la Cruzada.

ALVARO D'ORS

Alsina Roca, José María: EL TRADICIONALISMO FILOSOFICO EN ESPAÑA. SU GENESIS EN LA GENERACION ROMANTICA CATALANA (*)

El profesor Alsina acaba de publicar un importante libro en el que sólo encuentro un desacierto: el título. Que me temo alejará lectores si al curiosear los escaparates de las librerías se detienen en la portada. Porque la obra de Alsina no es, en modo alguno, un estudio erudito de aquella corriente filosófica que tuvo su primera figura en Bonald y que hoy sólo interesará a especialistas en historia de la filosofía. Se trata, por el contrario, de una revisión de las doctrinas políticas tradicionales en el siglo XIX español, en las que tuvo su influjo, ciertamente, el tradicionalismo filosófico, aunque, en mi opinión, escaso y de ningún modo determinante. Estamos, pues, ante un trabajo que entra

(*) *Biblioteca Universitaria de Filosofía*, núm. 6. Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1985, 266 págs.